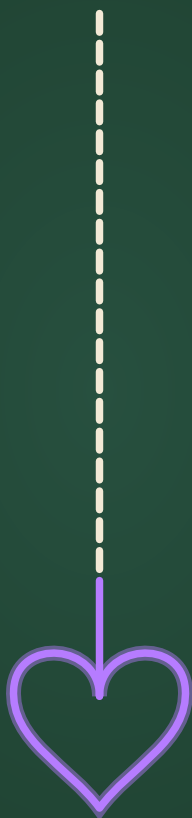


Veinte *primeras citas*

*Crónica sentimental de una madrileña
con el móvil en la mano*



NOA FERRER · MARLON FALCÓN

Veinte primeras citas

Crónica sentimental de una madrileña con el móvil en la mano

Noa Ferrer y Marlon Falcón

Ilustraciones de Pau Serra

MarlonBooks



Veinte puntadas por coser y una manzanilla de rescate.

CAPÍTULO 1

El ramo me dio en la cara

El ramo me dio en la cara. Quiero que quede claro desde el principio, porque en mi familia ya circulan tres versiones y en todas salto como una gacela. No salté. Estaba de espaldas al corrillo de solteras, buscando en el bolso una tirita para el talón, cuando oí un «¡cuidado!» y algo hecho de peonías y eucalipto me aterrizó en la frente con la contundencia de un diccionario de tapa dura.

Cuando abrí los ojos, el ramo estaba en mis manos, porque el cuerpo hace cosas sin consultarte, y mi hermana Lucía, con su vestido de novia y su moño perfecto, me señalaba desde el escenario llorando de risa.

—¡Alexandra! —gritó al micrófono—. ¡Eres la siguiente!

Ciento veinte invitados aplaudieron. Yo tenía un pétalo pegado a la ceja.

A partir de ahí, la noche fue un desfile. La tía Maribel abrió la veda entre el sorbete de limón y la carne: me cogió las manos y me preguntó, con los ojos húmedos, «¿y tú para cuándo, cariño?». La tía Concha esperó al vals. La tía Rosario me acorraló en la cola del baño. A la séptima empecé a apuntarlas en una servilleta con el lápiz de ojos, rayita a rayita, como los presos en las películas. Hubo variantes, eso sí: «¿Y no hay nadie por ahí?», «Con lo apañada que tú eres», «Mira tu hermana, qué feliz». La pregunta de fondo era siempre la misma.

Catorce. Catorce veces.

Contesté cosas distintas para no aburrirme. Que estaba esperando a alguien que supiera coser un cuadernillo a mano. Que me había casado en secreto con mi guillotina de papel. Que para cuando el Atleti ganara la Champions, y ahí la tía Concha se santiguó por motivos que no tenían nada que ver conmigo.

Al final de la noche, cuando ya solo quedaban los primos bailando descalzos, Lucía se sentó a mi lado y apoyó la cabeza en mi hombro.

—No les hagas caso —me dijo—. Pero si algún día lo quieres, quiero que lo tengas.

Y eso, que era lo más bonito que me habían dicho en toda la noche, fue también lo que más me escoció.

A la mañana siguiente quedé con Inés y Marta en la churrería de la plaza. Inés llegó con ojeras de madre de dos y una mancha de papilla en la manga que nadie le mencionó por respeto. Marta llegó con gafas de sol y ganas de guerra. Puse la servilleta sobre la mesa como quien presenta una prueba en un juicio.

—Catorce —anuncié.

—Te quedaste corta —dijo Marta, mojando un churro—. La tía

Rosario te lo preguntó dos veces, pero la segunda ya ibas por el tercer cava y no te enteraste.

—Lo peor no es la pregunta —confesé—. Lo peor es que no tengo respuesta. No es que no quiera a nadie. Es que no sé ni por dónde se empieza. La última vez que tuve una primera cita, la gente todavía se mandaba mensajes contando los caracteres.

Inés y Marta se miraron. Conozco esa mirada desde los quince años y nunca ha traído nada tranquilo.

—Veinte —dijo Marta.

—¿Veinte qué?

—Veinte primeras citas. Por aplicación. Antes de que cumplas los treinta y cinco.

—Eso es en noviembre.

—Pues tienes cinco meses. Una por semana y te sobra para ir de vacaciones.

—No hace falta que te enamores —añadió Inés con dulzura—. Solo que salgas. Que te rías. Que la próxima vez que te pregunten, tengas algo que contar.

Negocié como una leona. Conseguí que no contaran las citas de menos de media hora, que me dejaran elegir yo los sitios y que la que perdiera pagara los churros todos los domingos hasta Reyes. Cuando estrechamos las manos, pegajosas de azúcar, sentí ese vértigo que solo había sentido el día que firmé el alquiler del taller.

Esa misma tarde bajé la persiana de mi taller de Lavapiés, que mide lo que una cocina generosa y huele a cola, a papel y a cuero, y me puse a hacer lo único que sé hacer cuando estoy nerviosa: un libro. Corté veinte pliegos de papel verjurado, los plegué con la plegadera de hueso, los perforé uno a uno y los cosí con hilo de lino encerado, punto a punto, mientras la radio hablaba de un temporal en el Cantábrico. Forré las tapas con una tela verde botella que guardaba

para algo especial. En la primera página escribí, con mi mejor caligrafía: «Veinte primeras citas. Expediente oficial». Luego lo pensé mejor y añadí debajo, más pequeño: «Sobrevivir es suficiente».

Después crucé a La Tranquila, el bar de la esquina, que tiene seis mesas, una vitrina con tortilla y un dueño que se llama Gabriel y seca los vasos como si cada uno tuviera nombre propio.

—Necesito un favor —le dije, sentándome en la barra.

—Buenas tardes a ti también.

Le expliqué el reto. Él escuchó sin interrumpir, con el trapo quieto sobre el hombro, y solo arqueó una ceja al oír «veinte».

—Y aquí entras tú —seguí—. Las citas las voy a terminar aquí, que es terreno conocido. Si en algún momento pido una manzanilla, vienes y me rescatas.

—¿Una manzanilla?

—Nadie pide manzanilla en un bar a las diez de la noche. Es la señal perfecta.

—Tengo una caja entera desde que abrí. Me vas a hacer un favor. —Se apoyó en la barra—. ¿Y cómo te rescato?

—Improvisa. Una emergencia. Que se me ha inundado el taller, que ha llamado mi abuela.

—Contraseña manzanilla —repitió, muy serio, y me tendió la mano para cerrar el trato.

Tenía la mano caliente y un poco húmeda del fregadero. No le di más importancia.

La cita número 1 fue el jueves. Se llamaba Rodrigo, era ingeniero de caminos y en su perfil aparecía sonriendo en una playa, con unas gafas de sol enormes y una camiseta de un viaje de fin de carrera. Debí sospechar algo cuando vi que, en otra foto, sujetaba un móvil de tapa.

—Las fotos son de hace un tiempito —admitió nada más sentarse, con una sinceridad que casi me ganó.

—¿Cuánto es un tiempito?

—Diez años. Pero la camiseta es la misma. —Y se abrió la chaqueta para enseñármela, orgulloso.

No fue mala cena. Me habló de puentes con un cariño precioso, y yo le hablé de lomos y cabezadas, y durante un rato pensé que aquello iba bien. Hasta que llegó Gabriel con la carta de postres y Rodrigo sacó el teléfono.

—Perdona, es que yo esto no lo decido solo.

Marcó. Puso el altavoz. Lo dejó en mitad de la mesa, entre las servilletas.

—¿Mamá? Estoy con la chica. ¿Tarta de queso o torrija?

—Hola, bonita —dijo una voz encantadora desde el teléfono—. Que pida la torrija, que la tarta de queso le repite. ¿Y tú a qué te dedicas?

Durante diez minutos, la madre de Rodrigo me preguntó por mi trabajo, por mi familia, por si sabía hacer cocido y por mi grupo sanguíneo, aunque eso último creo que fue un malentendido. Y entonces, con toda la ternura del mundo, soltó:

—¿Y tú para cuándo, hija?

La número quince. Ni siquiera estaba en la boda.

Levanté la mano hacia la barra.

—Gabriel, ¿me pones una manzanilla, por favor?

Ni treinta segundos tardó. Apareció con cara de tragedia griega y el teléfono del bar en la mano.

—Alexandra, es tu vecina. Dice que sale agua por debajo de la persiana del taller.

Rodrigo se despidió con un apretón de manos y su madre, desde el

altavoz, me deseó suerte con las tuberías.

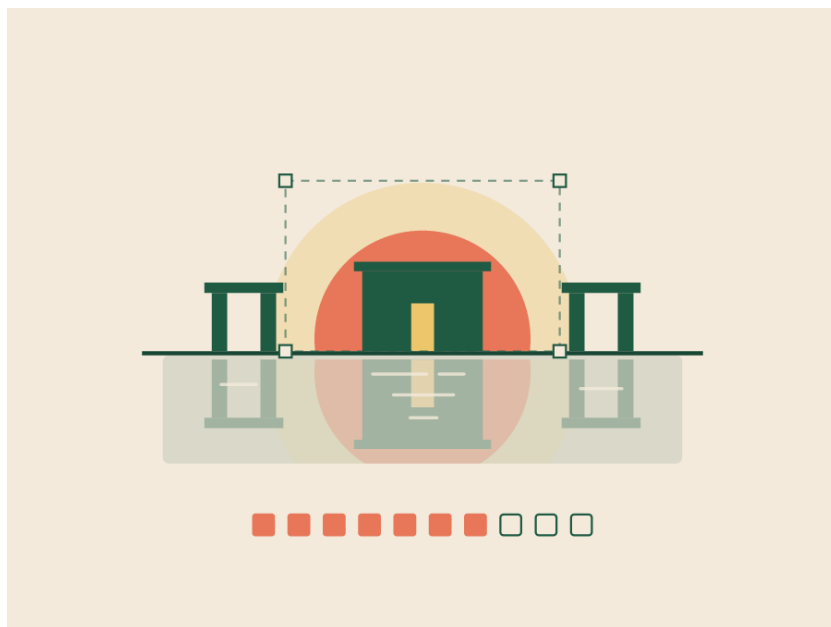
Cuando se fueron, me quedé en la barra con la libreta verde abierta. Escribí: «Cita 1. Rodrigo. Ingeniero. Fotos de la década pasada. Su madre, encantadora. La torrija, buenísima. Faltan diecinueve».

Gabriel dejó delante de mí una taza humeante.

—¿Y esto?

—Tu manzanilla —dijo—. La has pedido, ¿no?

Me la bebí entera. Por primera vez en tres días, me estaba riendo yo sola.



Atardecer de plantilla: puntuación, siete sobre diez.

CAPÍTULO 2

Frases de película y vistas al Templo de Debod

La cita número 2 se llamaba Bruno y tenía la voz más bonita que he oído en mi vida. Lo supe antes de verlo, porque me mandó un audio para confirmar la hora y lo escuché cuatro veces seguidas en el taller, con la plegadera en el aire. Era una voz de anuncio de perfume, de documental de ballenas, de hombre que te lee un cuento y te quedas dormida a la segunda página sin querer.

—Es actor de doblaje —le conté a Marta por teléfono—. Ha puesto voz a un pirata, a un detective noruego y a una tostadora parlante en una serie de dibujos.

—Una tostadora con esa voz —dijo Marta— y me caso mañana.

Quedamos en una terraza de la plaza de Lavapiés, a dos pasos de mi taller, porque una de mis condiciones era jugar en casa. Bruno llegó puntual, con una bufanda innecesaria para junio y una sonrisa que se le notaba que ensayaba. Me levanté a saludarle y, antes de que dijera nada, me miró de arriba abajo y soltó, con esa voz:

—Siempre nos quedará París.

Me reí, porque pensé que era una broma para romper el hielo. Le pregunté qué tal había llegado, y me contestó:

—Houston, tenemos un problema. —Y señaló el semáforo de la esquina, que por lo visto le había hecho esperar.

Le pregunté si quería una caña.

—Agitado, no removido.

El camarero se quedó mirándole un rato largo y al final le trajo un tinto de verano, que era lo más parecido que se le ocurrió.

Tardé unos diez minutos en entender que aquello no era un calentamiento, que era el partido entero. Bruno contestaba a todo con frases de películas. A todo. Le pregunté por su trabajo y me dijo «Mañana será otro día». Le pregunté si tenía hermanos y me dijo «Yo soy tu padre», lo cual me dejó bastante desconcertada hasta que entendí que no iba por ahí.

Y entonces hice lo peor que podía hacer: me pareció divertido.

—Lo que el viento se llevó —dije yo, cuando soltó lo de mañana será otro día.

—¡Correcto! —se iluminó, ya con su voz normal, que también era bonita, aunque menos—. Ahora tú.

Y empezamos a jugar. Él decía una frase y yo adivinaba la película, y cuando acertaba me apuntaba un punto en una servilleta, porque al parecer en esta vida lo apunto todo en servilletas. «Hasta el infinito y más allá.» Fácil. «Tócala otra vez, Sam», y le corregí que eso no lo dice nadie en *Casablanca*, y se le iluminaron los ojos

como si le hubiera regalado un perrito. «Volveré.» «Que la fuerza te acompañe.» «Elemental, querido Watson», y ahí discutimos diez minutos sobre si cuenta o no cuenta como frase de cine.

Llegué a diecisiete puntos. Él aplaudía cada acierto con una alegría genuina, y yo me sentía lista, rápida y graciosa, que es una sensación que no me sobra.

Fue al pedir la cuenta cuando me di cuenta de que no sabía nada de él. Ni de dónde era, ni si le gustaba su trabajo, ni si tenía gato, ni por qué una persona con esa voz necesitaba esconderla detrás de las de otros. Lo intenté una última vez, de verdad:

—Bruno, ¿y tú qué buscas?

Se quedó callado. Por un segundo pensé que me iba a contestar con sus propias palabras. Luego sonrió con algo de pena y dijo:

—Nadie es perfecto.

Con faldas y a lo loco. No necesité que me lo confirmara.

En la libreta verde escribí: «Cita 2. Bruno. Voz preciosa. Diecisiete puntos. No sé su apellido, ni su ciudad, ni su color favorito. Sé que la tostadora se llamaba Panchita».

La cita número 3 fue otra cosa.

Se llamaba Leo, y en su perfil no ponía casi nada, solo «Prefiero contarle en persona», que es una frase que en cualquier otro me habría parecido un truco y en él, no sé por qué, me pareció una promesa. Me propuso el Templo de Debod a la hora del atardecer, y yo, que llevo doce años en Madrid y siempre he dicho que esas cosas son para turistas, dije que sí antes de terminar de leer el mensaje.

Llegó con dos limonadas caseras en botellas de cristal y una manta de cuadros. Era alto, un poco despeinado, y tenía la costumbre de mirarte cuando hablabas como si no hubiera nada más interesante en toda la ciudad. Nos sentamos en el césped, junto al estanque, mientras el cielo se iba poniendo naranja, luego rosa, luego de un color que no

tiene nombre y que he intentado reproducir en papel jaspeado tres veces sin éxito.

Me preguntó por el taller y no puso la cara de «ah, qué curioso» que pone todo el mundo. Me preguntó cómo se cose un lomo. Me preguntó cuál era el libro más difícil que había restaurado. Le hablé de un misal del siglo diecinueve que llegó en una caja de zapatos, deshecho, y de cómo lo devolví entero a una señora que lloró al recogerlo, y él me escuchó con la limonada a medio camino de la boca, sin beber.

Cuando empezó a refrescar, se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros. Lo sé. Lo sé. Pero lo hizo sin preguntar, con naturalidad, y la chaqueta olía a jabón y a sol, y el reflejo del templo temblaba en el agua, y había un señor tocando el violín a lo lejos, y yo pensé, muy bajito y sin permiso: «A lo mejor era esto».

Nos quedamos callados un rato, muy cerca. Él me apartó un mechón de la cara. Yo dejé de respirar. Se me puso la cara roja, me noto ahora mismo cómo se me pone otra vez al escribirlo, y él sonrió como si fuera a decir algo importante.

Y entonces metió la mano en la mochila y sacó una tableta.

—Antes de nada —dijo—, ¿te importaría puntuar la experiencia del uno al diez? Es para un estudio de mercado. Estoy desarrollando una aplicación de citas planificadas. Esta era la plantilla «Atardecer romántico».

Me enseñó la pantalla. Había casillas para el lugar, para la bebida, para el gesto de la chaqueta. El gesto de la chaqueta tenía su propia casilla.

Le puse un siete. Por educación y porque la limonada estaba buenísima.

Esa noche entré en La Tranquila con la chaqueta de cuadros de mi propia vergüenza todavía encima. Gabriel me vio entrar, me miró la

cara y, sin decir nada, puso un vaso en la barra, le echó hielo, una rodaja de naranja, una aceituna, y me sirvió un vermú.

—No he pedido nada.

—Ya. —Empujó el vaso hacia mí—. Pero no tienes cara de manzanilla. Tienes cara de vermú.

Se lo conté todo. El violín, el misal, el mechón de pelo. La casilla de la chaqueta. Y al contarle en voz alta me empezó a dar la risa, primero flojita y luego de esa que te dobla por la mitad, hasta que tuve que apoyar la frente en la barra.

—Le puse un siete —dije, llorando—. ¡Un siete! Debería haberle puesto un diez en ambientación y un cero en sinceridad.

Gabriel se rio también, pero no por encima de mí. Se rio conmigo, que no es lo mismo.

Y fue ahí cuando me fijé. En que había dejado el trapo quieto sobre el hombro, como la otra vez. En que no miraba el móvil ni a los clientes del fondo, aunque le estaban llamando con la mano. En que no me interrumpió ni una vez para decirme lo que tenía que haber hecho. En que, cuando terminé, solo me preguntó:

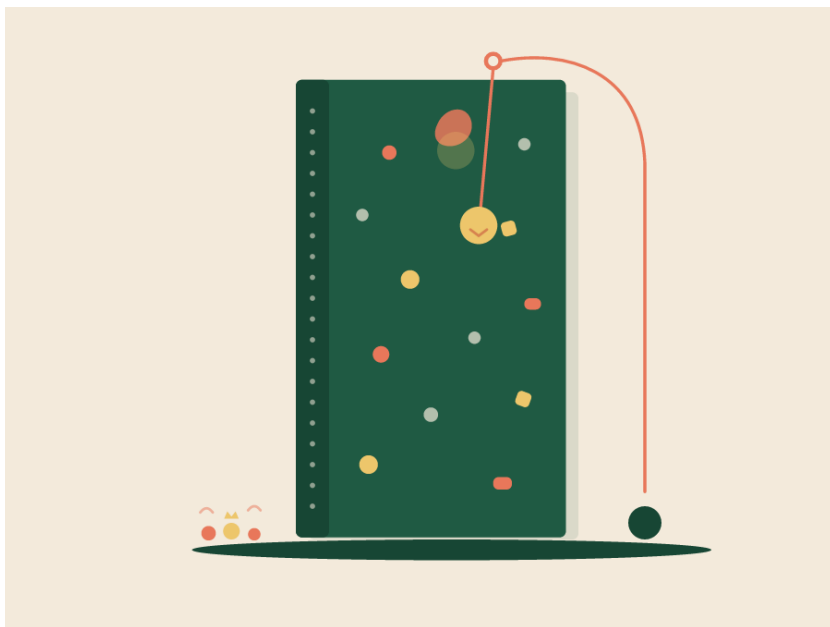
—¿Y el violín? ¿Tocaba bien?

—Precioso —dije.

—Pues eso no te lo quita nadie.

Abrí la libreta verde y escribí: «Cita 3. Leo. Atardecer de plantilla. Puntuación: siete. El violín no lo había contratado él».

Luego me quedé un rato mirando cómo Gabriel atendía por fin la mesa del fondo, y no escribí nada más.



Ocho metros, cuarenta presas verdes y, al fin, soltarse.

CAPÍTULO 3

Colgada del rocódromo

La cita número 4 se llamaba Nacho y en su perfil ponía: «Me gustan las alturas y la gente sin miedo». Yo le tengo miedo a muchas cosas, a las polillas, a las cartas del banco y a la palabra «inspección», pero las alturas nunca habían salido en la conversación, así que cuando me propuso un rocódromo en Vallecas pensé: ¿por qué no? Era sábado, hacía sol y yo tenía unas zapatillas de deporte que hasta entonces solo habían ido al súper.

El rocódromo era una nave enorme con las paredes cuajadas de presas de colores, como si alguien hubiera estampado una bolsa de caramelos contra el muro. Al fondo, un grupo de niños celebraba un cumpleaños con globos y una tarta de chocolate del tamaño de una

rueda. Nacho tenía los brazos de alguien que se cuelga de cosas por placer y el entusiasmo de un cachorro. Me ajustó el arnés, me enseñó a hacer el nudo de ocho y me dio una palmadita en el casco.

—Tú solo sube —dijo—. Yo te aseguro desde abajo.

Y subí. Lo digo con orgullo: los primeros metros, subí como una lagartija. Doce años tirando de hilo encerado dan unos dedos de acero. Agarraba una presa, luego otra, y oía a Nacho decir «¡muy bien, muy bien!» y me sentía una mujer nueva, ágil, aventurera, de esas que salen en los anuncios de coches.

Hasta que llegué arriba y miré hacia abajo.

No sé explicar lo que pasó. El cuerpo decidió por su cuenta que ya no se movía más. Me quedé pegada a la pared, abrazada a una presa morada con forma de oreja, con las piernas temblando como el flan de mi abuela.

—¡Suéltate! —gritó Nacho—. ¡Yo te tengo!

—¡Ni hablar!

Entonces apareció Ramiro, el monitor, con un megáfono que usaba para el cumpleaños. Su voz retumbó por toda la nave.

—¡Chica de la camiseta amarilla! ¡Pie derecho a la presa verde!

—¿Qué verde? —grité—. ¡Hay cuarenta verdes!

—¡La de tu derecha! ¡No, tu otra derecha!

Los niños del cumpleaños dejaron la tarta y se acercaron. Luego se acercaron sus padres. Luego dos chicos que estaban en la pared de al lado. Ramiro, que había nacido para presentar concursos, me preguntó por megáfono cómo me llamaba, y yo, desde lo alto, le contesté con un hilo de voz:

—Alexandra.

—¡Un aplauso para Alexandra!

Y medio gimnasio aplaudió. Los niños empezaron a corear mi

nombre como si fuera la final de un mundial. Yo estaba roja como un tomate, colgada a ocho metros del suelo, con todo Vallecas pendiente de mis pies.

No sé cuánto tiempo pasó. Al final cerré los ojos, me acordé de Inés diciéndome «solo que salgas», y me solté. El arnés me sujetó, Nacho me fue bajando despacito y, cuando toqué el suelo, la cumpleañosera, una niña de siete años con una corona de cartón, me ofreció un trozo de tarta.

—Eres muy valiente —me dijo—. Mi tío se quedó ahí arriba también y lloró.

—Yo casi —le confesé.

Nacho estaba encantado. Me propuso volver la semana siguiente para probar una vía de nivel seis. Le dije que me lo pensaría, que es lo que se dice cuando ya te lo has pensado.

En la libreta verde escribí: «Cita 4. Nacho. Rocódromo. Ocho metros de altura y cuarenta presas verdes. Tengo club de fans de menos de diez años. La tarta, de chocolate».

La cita número 5 se llamaba Óscar y me citó en un bar de Chamberí famoso por sus croquetas, que es una forma de ganarse mi confianza que no falla nunca. Era simpático, algo más joven que yo, con una risa contagiosa y la manía de partir las croquetas por la mitad para que se enfriaran antes. Me pareció de una sensatez admirable.

Íbamos por la segunda ración, de jamón, cuando me contó que había pasado el verano en Valencia, en casa de un primo.

—Se casó hace dos años —dijo—. Mi primo Álvaro. Tiene un perro que se llama Napoleón y que se come los zapatos de...

Se me quedó la croqueta a medio camino.

—¿Álvaro Requena?

Óscar me miró. Yo le miré. Y vi cómo, detrás de sus ojos, se encendía una bombilla.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¡Tú eres Alexandra! ¡La de los libros! ¡La del cumpleaños de la abuela Fermina!

Y entonces yo también me acordé. Hace ocho años, en una comida familiar en Talavera, un adolescente con aparato en los dientes me había volcado encima una jarra entera de gazpacho. Ese adolescente estaba ahora delante de mí, partiendo croquetas por la mitad.

—El gazpacho —dije.

—¡El gazpacho! —se tapó la cara—. Llevo ocho años pensando en ese gazpacho.

Lo que vino después fue el repaso familiar más largo de mi vida. Óscar, una vez superado el susto, se lanzó como si hubiera estado esperando ese momento. Que la tía Encarna seguía haciendo la misma paella con guisantes y que nadie se atrevía a decirle nada. Que el tío Paco se había jubilado y ahora hacía maquetas de barcos. Que su hermana pequeña ya iba a la universidad y estudiaba Veterinaria. Me sacó el móvil y me enseñó fotos de la boda de Álvaro, lo cual fue raro, y fotos de Napoleón con un zapato en la boca, lo cual fue adorable.

—¿Y sabes qué? —dijo, bajando la voz—. La abuela Fermina todavía tiene el cuaderno que le regalaste. Lo tiene en la mesilla. Apunta ahí las recetas.

Eso me pilló desprevenida. Me acordé del cuaderno: tapas de lino azul, papel crema, una flor seca en la portada. Lo cosí en una noche, nerviosa, porque quería caerle bien a la familia de mi novio. Y la familia ya no era la mía, pero el cuaderno seguía en una mesilla de Talavera, lleno de recetas.

—Dale un beso de mi parte —le pedí—. A la abuela, digo. No a Álvaro.

—¿Y a Álvaro le digo algo?

Lo pensé.

—Que cuide los zapatos.

Nos despedimos entre risas, con la cuenta a medias y la promesa de no contarle a nadie de la familia que habíamos tenido una cita. Óscar me abrazó en la puerta y me dijo que había sido la mejor cena incómoda de su vida.

En la libreta escribí: «Cita 5. Óscar. Primo de Álvaro. Croquetas, excelentes. Gazpacho, perdonado. La abuela Fermina conserva mi cuaderno».

El domingo, en la churrería, Marta me quitó la libreta de las manos y la leyó entera en silencio, pasando las hojas con cuidado porque sabe lo que me cuesta coserlas.

—Esto es un registro de desastres —dijo al fin.

—Es un expediente oficial.

—Es una lista de todo lo que ha salido mal. —Cerró la libreta y me la devolvió—. Alexandra, el reto no va de encontrar marido. Va de que pierdas el miedo. Y tú te has colgado de una pared delante de cuarenta desconocidos, has puntuado un atardecer falso y has cenado con el primo de tu ex. Eso no es un desastre. Eso es valentía.

—Eso es mala suerte.

—Es las dos cosas —intervino Inés, limpiándole la boca a su hijo pequeño—. Casi siempre son las dos cosas.

Esa noche, en el taller, abrí la libreta por la primera página y, junto a cada cita, en el margen, empecé a escribir con tinta sepia una línea nueva.

Cita 1: «Puedo decir que no a una torrija y a una madre. Lo he comprobado».

Cita 2: «Jugar está muy bien, pero quiero saber con quién juego».

Cita 3: «Un momento bonito sigue siendo bonito aunque el otro no lo fuera».

Cita 4: «Puedo soltarme. Me cuesta, pero puedo».

Cita 5: «Lo que hice con cariño sigue ahí, aunque yo ya no esté».

Me quedé un rato mirando las cinco frases. Luego encabecé la columna con letra pequeña, para que nadie más la viera: «Lo que me llevo».

Por primera vez, la libreta pesaba un poco más.



El humo del risotto se abrió como un abanico.

CAPÍTULO 4

Flamenco y un risotto quemado

La culpa fue del dedo gordo. Eso le dije a Marta, y lo sostengo. Una noche, tumbada en el sofá con una mascarilla de arcilla que me tiraba de la cara, quise ajustar en la aplicación la franja de edad y toqué sin querer una pestaña que decía «Conocer gente». Así, sin más. Ni «pareja» ni «amistad»: gente. Y la aplicación, que es muy literal, me ofreció gente.

Así llegó Carmela. Sesenta y un años, recién jubilada de Correos, foto sonriendo junto a un girasol más alto que ella. En su perfil ponía: «Busco pareja para bailar. Paciencia imprescindible». Le escribí. Me contestó con un audio de tres minutos lleno de risas. Quedamos el miércoles en una dirección de la calle Atocha que yo no busqué en el

mapa, porque soy una mujer de fe.

Era una academia de baile. Carmela me esperaba en la puerta con un abanico en la mano y una bolsa de deporte en la otra.

—¡Qué alegría! —me dio dos besos sonoros—. Te he traído unos zapatos de mi nuera, que calza un treinta y ocho. ¿Tú qué calzas?

—Un treinta y ocho —dije, por pura inercia—. Carmela, ¿esto qué es?

—La clase de flamenco para principiantes. Busco compañera desde marzo, que sola me da vergüenza. —Me miró con los ojos muy abiertos—. ¿No lo ponía en mi perfil?

Lo ponía. «Pareja para bailar.» Hay frases que una lee con la parte del cerebro que quiere leer otra cosa.

Podía haberme ido. Tenía la excusa perfecta. Pero Carmela ya me estaba atando los zapatos, y había algo en cómo lo hacía, tan contenta y tan segura de que yo me iba a quedar, que me quedé.

La profesora se llamaba Rocío y tenía una espalda tan recta que me dieron ganas de colocarme bien en la silla aunque estuviera de pie. Éramos nueve alumnas, entre los veinticinco y los setenta y tantos, y un señor muy serio que había venido porque se lo había recetado su fisioterapeuta. Rocío nos enseñó a marcar el compás con palmas y yo descubrí que mis manos, que son capaces de coser un cuadernillo en veinte minutos, no saben contar hasta doce.

—Uno, dos, tres —me susurraba Carmela al oído—. Ahora el acento. Ahí. No, ahí no. Ahí sí. ¡Eso es!

Se le daba de maravilla. Tenía un braceo que parecía que estuviera recogiendo naranjas del aire, y cuando zapateaba se le ponía en la cara una seriedad preciosa, como si estuviera hablando con alguien que no estaba en la sala. Yo, en cambio, zapateaba como quien intenta apagar una colilla que no se apaga. Me pisé a mí misma dos veces. Una vez pisé a Carmela, que ni se quejó.

—Tú lo que tienes es prisa —me dijo en el descanso, abanicándome a mí en vez de a ella—. Quieres que te salga bien antes de que te salga. Y eso no funciona ni con el baile ni con nada.

Al terminar la llevé a La Tranquila, porque las reglas son las reglas. Gabriel nos sirvió dos cañas y una ración de tortilla, y Carmela le contó, en diez minutos, que había enviudado hacía cuatro años, que tenía tres hijos repartidos por Europa y que siempre había querido bailar, pero que «primero los niños, luego el trabajo, luego mi madre, y cuando me quise dar cuenta tenía sesenta años y unos zapatos sin estrenar».

—Pues ya están estrenados —le dijo Gabriel.

—Y los de mi nuera también —dijo ella, señalándome.

No pedí manzanilla. Pedimos otra caña. Nos apuntamos al trimestre entero.

Le mandé un mensaje a Marta para preguntarle si contaba como cita. Me contestó: «Más de media hora, la elegiste tú y acabaste en el bar. Cuenta». Y luego: «Y quiero conocerla».

En la libreta verde escribí: «Cita 6. Carmela. Flamenco. Me he pisado tres veces y a ella una. Tiene más arte que yo y más paciencia que nadie». Y en el margen, en sepia: «Lo bueno, a veces, llega por equivocación».

La cita número 7 se llamaba Íñigo y era cocinero en un restaurante de Malasaña de esos en los que te explican el plato antes de que te lo comas. Hablamos una semana entera por mensajes, y fue fácil, de esas conversaciones que no tienes que empujar. Cuando me propuso cenar en su casa, le dije que eso iba contra mis normas. Me contestó: «Entonces cocino para ti y te vas a tomar el postre a tu bar». Me hizo gracia que se acordara del bar.

Le mandé la ubicación a Marta. Marta me mandó un pulgar arriba y una advertencia muy seria sobre los pisos sin ventilación.

El piso de Íñigo estaba en la calle del Pez, un cuarto sin ascensor con vigas de madera y una cocina abierta al salón. Había velas. Varias. Había un disco de bossa nova girando en un tocadiscos de verdad y una mesa puesta con servilletas de tela. Yo me había cambiado de blusa tres veces y al final había vuelto a la primera.

—Risotto de setas —anunció, con una cuchara de madera en la mano—. El risotto no se abandona. Hay que removerlo todo el rato, como una conversación.

—¿Y si te distraes?

—No me distraigo nunca.

Me puso una copa de vino en la mano y me invitó a ayudar. Se colocó detrás de mí para enseñarme el movimiento, despacito, siempre hacia el mismo lado, y su mano estaba sobre la mía en la cuchara, y yo noté cómo el calor me subía desde el cuello hasta la punta de las orejas. No sé si lo notó él. Las orejas no se pueden disimular.

—Lo haces muy bien —dijo, muy cerca.

—Es como encolar un lomo —contesté, que es lo menos sensual que se ha dicho jamás en una cocina.

Se rio. Me giré para mirarle. Y nos quedamos así, con la música sonando bajita y una vela chisporroteando en la encimera, en ese segundo largo en el que dos personas deciden algo sin decirlo. Él dejó la cuchara apoyada en el borde de la cazuela. Yo cerré los ojos.

Y entonces olió a quemado.

Fue rápido. Un humo gris subiendo de la cazuela, Íñigo diciendo «no, no, no» con una voz muy distinta a la de antes, el detector del techo pitando como si le fuera la vida en ello. Abrimos la ventana del patio de luces, que fue lo peor que podíamos hacer, porque el humo salió directo a todos los pisos del edificio.

—¡Fuego! —gritó una señora desde el segundo.

En tres minutos estábamos todos en la calle. Todos. Un señor en bata de cuadros con la jaula de un canario en la mano. Una chica con una mascarilla facial verde que le daba un aire de extraterrestre amable. Dos niños en pijama de dinosaurios, encantados con la aventura. Un perro salchicha con chubasquero. La presidenta de la comunidad, con los rulos puestos, exigiendo explicaciones.

Íñigo pidió perdón a cada uno de los vecinos, piso por piso. Luego subió corriendo y bajó con una tabla de quesos, una barra de pan y la tarta que había hecho de postre, y la repartió en el portal. A las once y media de la noche, en la calle del Pez, medio edificio en pijama comía tarta de limón y el canario cantaba.

—Esto no estaba en el plan —me dijo, con hollín en la mejilla.

—Te has distraído —le dije.

—Me he distraído —admitió, y me miró de una forma que me volvió a subir el calor a las orejas.

Me acompañó hasta la esquina y me preguntó si podíamos repetir. Sin risotto. Le dije que me lo pensaría. Y esta vez, por primera vez, no sabía qué iba a contestar.

Volví andando a Lavapiés, riéndome sola por la calle sin poder parar, con el olor a humo en el pelo y algo en el estómago que no era hambre. Al pasar por La Tranquila vi la persiana a medio bajar y la luz encendida dentro. No entré.

En casa abrí la libreta: «Cita 7. Íñigo. Cocinero. Risotto carbonizado, edificio evacuado, canario a salvo. La tarta de limón, de concurso». Y en el margen, en sepia, después de pensarlo mucho: «Todavía no sé dónde se guarda esto».



Una cita a la luz de la lámpara de la consulta.

CAPÍTULO 5

Abra la boca, por favor

La cita número 8 se llamaba Samuel y en su foto de perfil salía en un velero, con el pelo revuelto por el viento y una sonrisa de dentífrico. Esto último debió hacerme sospechar. Quedamos en una vinoteca de la calle Argumosa, y yo llegué con diez minutos de retraso porque se me había atascado la persiana del taller, otra vez.

Lo vi sentado junto a la ventana, se levantó y me miró. Y algo en esos ojos, en el ángulo exacto en que me miraban, me resultó conocidísimo. Tardé un segundo en entender por qué: yo esos ojos los había visto siempre desde abajo, con una lámpara en la cara y una mascarilla tapando todo lo demás.

—¿Doctor Prieto? —dije.

—¿Alexandra Ortiz? —dijo él al mismo tiempo—. ¡Muela del juicio inferior izquierda!

Nos quedamos los dos de pie, sin saber si darnos dos besos o pedir cita para la revisión. Al final nos dimos la mano, que es lo que se hace con los profesionales sanitarios.

—En la foto no te había reconocido —confesé—. Es que nunca te había visto la boca.

—Yo a ti sí —dijo, y se rio—. Muchas veces.

Nos sentamos. Pedimos un vino blanco y unas anchoas. Y entonces, mientras yo intentaba recordar qué se dice en una primera cita cuando el otro conoce tus empastes por su nombre, Samuel se inclinó un poco hacia mí y me preguntó, con toda la naturalidad del mundo:

—¿Y sigues usando el hilo dental?

Le dije que sí. Le mentí. Él lo supo. Y yo supe que él lo sabía, porque puso exactamente la misma cara que pone en la consulta cuando le digo que no tomo azúcar.

El resto de la cena fue agradable, que es una palabra que no le deseo a nadie. Samuel era simpático, navegaba los fines de semana y tenía un sobrino que tocaba la batería. Pero cada vez que yo me reía, notaba cómo sus ojos se iban, sin querer, al lado izquierdo de mi boca. Y cada vez que él cogía el tenedor, yo me acordaba del ruidito del aspirador y me entraban ganas de levantar la mano para avisar de que me dolía.

Al pedir el postre, dudé entre la tarta de chocolate y el sorbete.

—El sorbete —dijo él, sin mirar la carta—. Por la sensibilidad al frío, mejor no. Toma la tarta. Pero luego te cepillas.

Nos despedimos con mucho cariño y la promesa de vernos en enero, para la limpieza.

En la libreta escribí: «Cita 8. Samuel. Mi dentista. Sabe más de mí

que mi madre. Tarta de chocolate, autorizada». Y en el margen, en sepia: «No quiero a alguien que me conozca por dentro antes de conocerme por fuera».

La cita número 9 se llamaba Ernesto y era guía turístico. En su perfil ponía: «Te enseño Madrid como nunca lo has visto». Y fue verdad, porque yo nunca había visto Madrid durante tanto rato seguido.

Quedamos a las siete en la Plaza Mayor. Ernesto llevaba una chaqueta con muchos bolsillos y, en uno de ellos, asomaba un paraguas plegable de color naranja que, me explicó, usaba para que los grupos no se le perdieran. Me pareció un detalle tierno. Luego lo levantó para cruzar la calle Mayor, aunque el grupo era yo sola.

Empezamos bien. Me contó lo de los incendios de la plaza, lo de las corridas, lo de los balcones que se alquilaban como si fueran palcos. Me enseñó la Casa de la Panadería y un arco que había pisado mil veces sin mirarlo. Tenía una forma de hablar de las piedras como si fueran vecinos suyos, y yo pensé que eso me gustaba, que se parecía a cómo hablo yo de los libros viejos.

Fue en la plaza de la Villa cuando apareció Felipe II.

—Aquí es donde todo empieza a tener sentido —dijo Ernesto, con los ojos brillantes—. Porque en 1561...

Y ya no se fue. Felipe II nos acompañó por la calle del Sacramento, bajó con nosotros a la Cava Baja y se sentó a cenar en una casa de comidas con manteles de cuadros y jamones colgando del techo. Mientras yo pedía unos huevos rotos, Ernesto me explicaba por qué el rey trasladó la corte a Madrid. Mientras llegaba el pan, la construcción de El Escorial, piedra a piedra. Con el segundo plato llegó la gota del monarca, con todo lujo de detalles, y con el flan, la Armada.

Yo intenté desviar la conversación. Le pregunté si tenía hermanos. Me dijo que Felipe II tuvo varios hijos de cuatro matrimonios. Le

pregunté qué le gustaba hacer los domingos. Me contó que el rey pasaba los veranos en Aranjuez. Lo único que me interesó de verdad fue que el rey escribía cartas muy cariñosas a sus hijas desde Lisboa, contándoles cosas pequeñas, que había un ruiseñor en su ventana, que echaba de menos oírlas reír. Me quedé pensando en eso, en un hombre tan serio escribiendo sobre pájaros, y por un momento se me ablandó el corazón. Luego Ernesto sacó un cuaderno con el árbol genealógico de los Austrias, desplegable, y se me volvió a endurecer.

A las diez y media, el camarero empezó a subir las sillas a las mesas de alrededor. Ernesto seguía. A las diez cuarenta, apagaron la mitad de las luces. Ernesto seguía. Cuando por fin salimos, la Cava Baja estaba casi vacía y yo sabía más de Felipe II que de mí misma.

—Lo siento —dijo en la puerta, de repente avergonzado—. Me pasa siempre. Me pongo nervioso y hablo del rey.

—¿Siempre del mismo?

—Es el que mejor me sé.

Le di un abrazo. No pude evitarlo.

Llegué a La Tranquila pasadas las once y media. Gabriel estaba bajando la persiana, pero al verme la volvió a subir hasta la mitad, me dejó pasar agachándome y encendió solo las luces de la barra.

—¿Manzanilla o vermú?

—Agua. Mucha agua. He hablado poquísimo, pero he escuchado tanto que tengo la boca seca.

Se lo conté. El paraguas naranja, la gota, el árbol desplegable. Cuando le dije el nombre de la casa de comidas, Gabriel dejó el vaso que estaba secando y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿La de los jamones? ¿Con los manteles de cuadros?

—Esa.

—Yo tuve allí la peor cita de mi vida.

No me lo podía creer. En todos estos años yo le había contado a Gabriel cada novio, cada ruptura, cada pelea con mi casero, y nunca se me había ocurrido preguntarle nada parecido a él.

Me lo contó apoyado en la barra, al principio con cierta vergüenza y luego con muchas ganas. Hacía unos años, antes de abrir el bar. Ella se llamaba Celia y llegó tarde, con una amiga. La amiga se quedó a cenar. Al final, las dos se fueron juntas y le dejaron la cuenta y el abrigo de la amiga, que él estuvo guardando dos meses en el armario por si volvían a buscarlo.

—¿Y volvieron?

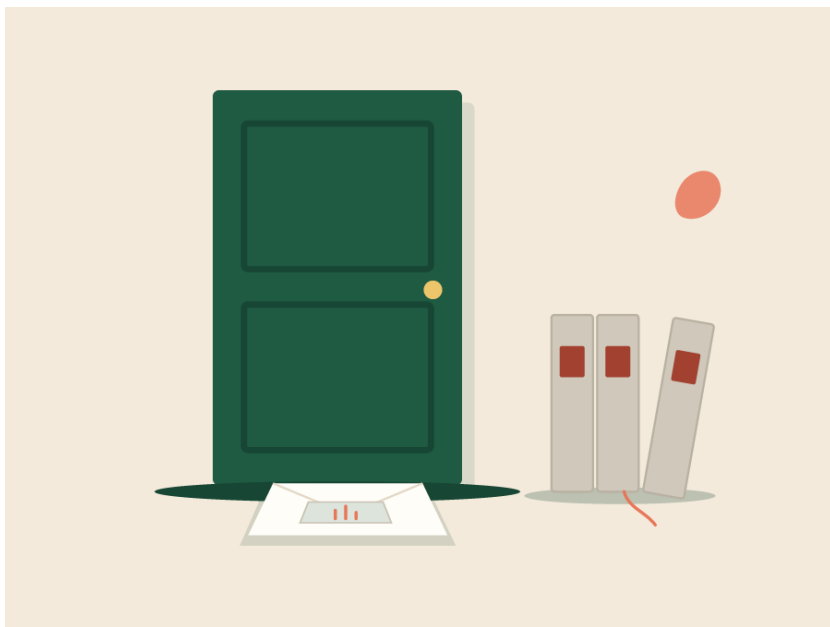
—Nunca. Al final lo llevé a un ropero solidario. Era un abrigo muy bueno.

Me reí tanto que me tuve que agarrar al taburete. Y después, sin darme cuenta, seguimos hablando. De que antes de La Tranquila trabajaba en una gestoría y contaba las horas hasta el viernes. De que el bar era de un señor mayor que se jubilaba y él lo compró con todos sus ahorros y una tortilla que no le salía. De que tardó un año entero en dar con la receta. De que le gusta abrir temprano porque a esa hora la calle todavía es de los barrenderos y de los panaderos.

Eran casi las dos cuando me fui. En casa abrí la libreta: «Cita 9. Ernesto. Guía. Felipe II escribía cartas a sus hijas sobre ruisseños. Ernesto, ninguna pregunta sobre mí». Y en el margen, en sepia: «Escuchar no es lo mismo que dejar que te hablen».

Luego, en la página de al lado, escribí: «Gabriel. Gestoría. Abrigo. Tortilla, un año». Lo taché. No era una cita.

Pero no arranqué la hoja.



Los libros volvieron a casa el domingo; la carta, el lunes.

CAPÍTULO 6

Una hoja de cálculo y un domingo en el Rastro

La cita número 10 se llamaba Tomás, era actuario de seguros y llegó a La Tranquila con una carpeta de anillas debajo del brazo. Pensé que venía del trabajo. Luego se sentó, pidió un agua con gas, abrió la carpeta y sacó tres folios grapados, impresos a doble cara y con un gráfico de barras en colores pastel.

—Te lo explico rápido —dijo, alisando las hojas sobre la mesa—. He diseñado un índice de compatibilidad. Cuarenta y dos variables. Con lo que pusiste en tu perfil y lo que hemos hablado por mensajes, ya tengo rellenas veintinueve. Las demás las completamos ahora.

Lo dijo con tanta ilusión que no me salió reírme. Me salió acercar

la silla.

Las variables eran una maravilla. Había cosas esperables, como «gusto musical» o «relación con la familia», y luego otras que me tuvieron diez minutos callada de admiración: «preferencia de tortilla, con o sin cebolla», «tolerancia al ruido de cubiertos», «posición ante las siestas de más de cuarenta minutos». Cada una tenía su peso y su casilla, y al final de la tercera página, en negrita, aparecía el resultado provisional.

—Ciento diecisiete por ciento —leí en voz alta.

—Un resultado excelente —asintió él, muy serio.

—Tomás. No se puede ser compatible al ciento diecisiete por ciento.

—¿Por qué no?

Yo estudié Física. No la terminé, porque a tercero me di cuenta de que me gustaba más coser los apuntes que estudiarlos, pero la estadística se me quedó dentro como se queda el olor a cola en la ropa. Le pedí un bolígrafo. Me lo dio con cierta aprensión.

Los pesos sumaban mucho más de uno, para empezar. Y luego había variables repetidas con otro nombre: «le gusta el cine» y «le gustan las películas» contaban por separado, igual que «es puntual» y «no llega tarde». Le expliqué, con una servilleta como pizarra, que si dos variables dicen lo mismo, te inflan el resultado y te crees que tienes mucho en común cuando solo lo has contado dos veces.

—Están correlacionadas —dije, con los dibujitos del bolígrafo.

—Están correlacionadas —repitió él, mirando la servilleta como quien mira una revelación.

A partir de ahí fue una fiesta. Tomás sacó la calculadora del móvil, yo tachaba y reescribía, y Gabriel, desde la barra, se acercó dos veces a mirar con la bandeja en la mano porque, según me dijo después, nunca había visto a nadie tan contento en una de mis citas.

Discutimos si la tortilla con cebolla merecía más peso que la música. Ganó la tortilla. Recalculamos tres veces. Al final, con la fórmula bien hecha y las cuarenta y dos variables en su sitio, el resultado fue un cincuenta y cuatro por ciento.

—Un aprobado raspado —dije.

—Un aprobado honesto —corrigió él, y se rio por primera vez en toda la noche, una risa corta y sorprendida, como si se le hubiera escapado.

Nos despedimos con la certeza mutua de que no habría segunda cita y con la promesa de que me mandaría la versión corregida en una hoja de cálculo. Me la mandó esa misma noche. Me había añadido como coautora.

En la libreta verde escribí: «Cita 10. Tomás. Actuario. Cuarenta y dos variables, dos repetidas. Compatibilidad: cincuenta y cuatro por ciento. Con cebolla». Y en el margen, en sepia: «Lo que de verdad importa no cabe en una casilla. Pero a veces ayuda contarlos bien».

La cita número 11 se llamaba Mateo y era traductor de alemán. Me propuso el Rastro el domingo a primera hora, antes de que llegara la marea, y yo acepté porque así luego me daba tiempo a llegar a los churros con las chicas y contarlos en caliente.

Mateo era tranquilo, de voz baja y manos grandes, con la costumbre de pararse en todos los puestos aunque no fuera a comprar nada. Bajamos por Ribera de Curtidores entre jaulas vacías, discos de vinilo, sifones de colores y un señor que vendía llaves sueltas, cientos de llaves de puertas que ya no existían. Hablamos de las palabras que no tienen traducción. Me enseñó una alemana que significa algo así como la nostalgia de un lugar donde nunca has estado. Yo le dije que eso me pasaba con el Templo de Debod, y no le expliqué por qué.

En un puesto de libros viejos, al fondo de una caja de cartón, vi un lomo que conocía.

Me agaché tan rápido que Mateo pensó que se me había caído algo. Era un tomo de tapas de tela gris perla, con un tejuelo de piel granate. Y debajo había otro igual. Y otro. Los tres de una edición de poesía que me encargó una librería de Malasaña en mi primer año de taller, cuando todavía cosía en la mesa de la cocina y cobraba muy por debajo de lo que valía. Abrí la contratapa del primero y ahí estaba, en una esquina, casi invisible: mi marca en seco, una A y una O enlazadas, que entonces me parecía elegantísima y ahora me parece un poco ingenua.

—Son míos —dije—. Bueno, no son míos. Los cosí yo. Hace diez años.

Mateo los cogió de mis manos con mucho cuidado, les dio la vuelta, pasó el dedo por la marca. No dijo nada. Se giró hacia el vendedor, preguntó cuánto, no regateó y pagó.

—Toma —me dijo, tendiéndomelos—. Ya han estado bastante tiempo fuera de casa.

Me quedé allí plantada, en mitad del Rastro, con los tres libros apretados contra el pecho y los ojos picándome. Le di las gracias dos veces, y la segunda me tembló la voz. Fue uno de los gestos más bonitos que nadie ha tenido conmigo en mucho tiempo.

Y aun así, mientras subíamos hacia la Ronda de Toledo y él me seguía hablando de palabras intraducibles, me di cuenta de que lo que sentía era gratitud. Una gratitud enorme, sincera y caliente. Pero nada más. Ni orejas rojas, ni cosquilleo. Cuando nos despedimos en el metro, le di un abrazo largo y él lo entendió sin que le dijera nada, que es otra forma de ser amable.

En la libreta escribí: «Cita 11. Mateo. Traductor. Me devolvió tres libros que eran míos sin ser míos». Y en el margen, en sepia: «Que alguien sea bueno contigo no significa que tenga que ser para ti».

El lunes encontré la carta debajo de la puerta del taller. Sobre blanco, ventanilla, el nombre de la inmobiliaria que lleva los asuntos

de mi casero. Le tengo miedo a muy pocas cosas, ya lo he dicho, pero las cartas con ventanilla están en el podio.

Cuatrocientos euros más al mes a partir de enero. Una frase amable sobre la «actualización a los precios actuales del barrio». Otra frase menos amable sobre la renovación del contrato.

Hice cuentas. Las hice en un papel, en la calculadora y otra vez en el papel, porque el fin de semana había aprendido que a veces una suma lo que quiere ver. Pero los números eran los números, y estos no tenían variables repetidas ni pesos mal puestos. Con lo que facturo, con los encargos que entran, con la luz y el material, no llegaba.

Me senté en el taburete, rodeada de mis guillotinas, mis prensas, mis rollos de tela, el olor a cola que llevo encima desde hace doce años. Los tres libros grises seguían en la mesa, donde los había dejado el domingo, recién vueltos a casa.

Abrí la libreta verde. Busqué una página en blanco al final, lejos de las citas. Y por primera vez desde la boda escribí algo que no tenía nada que ver con el reto.

«Taller. Enero. No sé».



Cita 12: nueve kilos de encanto que no cabían en pantalla.

CAPÍTULO 7

El gato que lo arruinó todo

La cita número 12 vivía en Zaragoza. Se llamaba Pablo, era profesor de Química en un instituto y me escribía unos mensajes tan graciosos que, cuando me propuso vernos por videollamada «hasta que alguno de los dos se anime a coger el tren», no supe decir que no. Marta dictaminó que contaba si duraba más de media hora y si yo la hacía desde La Tranquila. Así que el jueves a las nueve me instalé en la mesa del rincón, con el móvil apoyado en el servilletero y el wifi de Gabriel, que se llama «LaTortillaNoSeToca».

Pablo apareció en pantalla con una camisa recién planchada y una estantería llena de libros detrás. Buena señal. Me dio tiempo a pensar que tenía una sonrisa bonita y a preguntarle qué tal el día. Y entonces

la pantalla se llenó de pelo naranja.

—Ese es Cierzo —dijo una voz detrás del pelo—. Perdona. Cierzo, bájate.

Cierzo no se bajó. Cierzo era el gato más grande que he visto en mi vida, un animal del tamaño de una maleta de cabina, con una cara redonda y feliz y unos bigotes que no cabían en el encuadre. Se paseó por el teclado del ordenador con la dignidad de un alcalde y la llamada se cortó.

Pablo volvió a llamar a los dos minutos, rojo de vergüenza.

—Pesa nueve kilos. Lo adopté porque nadie lo quería y ahora me quiere él por todos.

Conseguimos hablar un rato de Zaragoza, del viento, de por qué el gato se llamaba como el viento. Pablo me estaba contando que le encantaba enseñar a los chavales a hacer reacciones con colores cuando Cierzo se tumbó encima del teclado, panza arriba, ronroneando, y nos colgó otra vez.

A la tercera, Pablo ya no intentó apartarlo. Se lo puso en el regazo, y el gato, satisfecho, se acomodó mirando a cámara como si la cita fuera con él. Y la verdad es que lo era. Pablo me enseñó cómo abría las puertas con la pata, cómo dormía dentro del cesto de la ropa limpia, cómo le maullaba al microondas. Yo le hablé de los gatos del barrio que se echan la siesta en mi escaparate. Gabriel se acercó con una caña y se quedó mirando la pantalla por encima de mi hombro.

—Qué animal tan majestuoso —dijo.

Cierzo, como si le hubiera oído, se estiró, pisó una tecla y nos colgó por tercera vez. Ya no volvimos a llamar. Pablo me mandó un mensaje: «Creo que te ha elegido a ti antes que yo». Le contesté con una foto de mi caña.

En la libreta escribí: «Cita 12. Pablo. Zaragoza. Tres llamadas colgadas, cuarenta minutos en total. Cierzo, nueve kilos de encanto».

Y en el margen, en sepia: «Cuando alguien quiere así a un animal, ya me ha contado lo importante».

La cita número 13 se llamaba Julián. Era arquitecto, tenía cincuenta años y en su perfil, en vez de una frase ingeniosa, ponía: «Viudo. Aprendiendo». Me invitó a cenar en una terraza escondida del barrio de las Letras, con jazmines trepando por las paredes y farolillos colgados entre los árboles. Llegó antes que yo, se levantó al verme y me apartó la silla con un gesto antiguo y torpe que me enterneció.

Fue una cena preciosa, de verdad. Me habló de edificios como quien habla de personas, de una escalera de caracol que diseñó en Toledo y de la que todavía estaba orgulloso. Me preguntó por el taller y escuchó. Pero cada pocos minutos se tocaba la alianza, que llevaba en la mano derecha, y se quedaba callado con la frase a medias.

Con el café, dejó la taza en el plato y respiró hondo.

—Te tengo que confesar una cosa —dijo—. No busco pareja. Mi mujer murió hace tres años y mi hija Clara se casa en octubre. Va a haber doscientas personas, mesas redondas, gente que no conozco preguntándome cosas. Y yo ya no sé hablar con nadie que no sea de mi familia o de mi estudio. Clara me hizo el perfil. Me dijo que practicara. —Sonrió, avergonzado—. Lo siento. Eres mi ensayo general.

Debería haberme sentido utilizada. Pero me acordé de la boda de Lucía, de las catorce tías, de la servilleta con rayitas de lápiz de ojos, y lo único que sentí fue una ternura enorme.

—Pues vamos a ensayar bien —le dije.

Pedimos otra botella de agua y nos pusimos a trabajar. Le expliqué que en las bodas nadie escucha las respuestas largas, así que mejor tener tres o cuatro cortas preparadas. Que si alguien le preguntaba por su mujer, podía hablar de ella con alegría, que recordarla no estropeaba ninguna fiesta. Que la mejor manera de que no te

pregunten nada es preguntar tú primero, y que a la gente le encanta hablar de cómo conoció a los novios.

—¿Y si me preguntan si he vuelto a conocer a alguien?

—Eso me lo sé de memoria —dije—. Contestas: «Estoy en ello, sin prisa». Y te vas a por croquetas.

Lo ensayamos. Yo hacía de tía de la novia, de compañero de trabajo del novio, de prima segunda que ha bebido demasiado cava. Él contestaba y se reía cada vez más. Al final me hizo hacer de señora que le saca a bailar y lo ensayamos también, de pie junto a la mesa, entre los jazmines, mientras los camareros fingían no mirar.

—Te debo una —me dijo en la puerta.

—Me mandas una foto del baile con Clara —le dije—. Con eso estamos en paz.

Nos despedimos como dos cómplices que acaban de planear un atraco, con un apretón de manos largo y la sensación de haber hecho algo útil.

En la libreta escribí: «Cita 13. Julián. Arquitecto. Cena preciosa y ensayo general. Le he enseñado a escapar hacia las croquetas». Y en el margen, en sepia: «A veces una cita es un puente, no un destino».

El domingo, después de los churros, fui a comer a casa de mi abuela Pilar, en Carabanchel. Tiene ochenta y siete años, un balcón lleno de geranios y la costumbre de leerme la cara antes de que me quite el abrigo.

—Tú estás preocupada por algo que no es un novio —dijo, sirviéndome sopa.

No le conté lo del taller. Le conté lo del reto, las trece citas, el gato, el arquitecto. Se rio tanto con lo del dentista que tuvo que dejar la cuchara. Luego le dije que ninguna había sido romántica, que a veces me daba la sensación de estar perdiendo el tiempo.

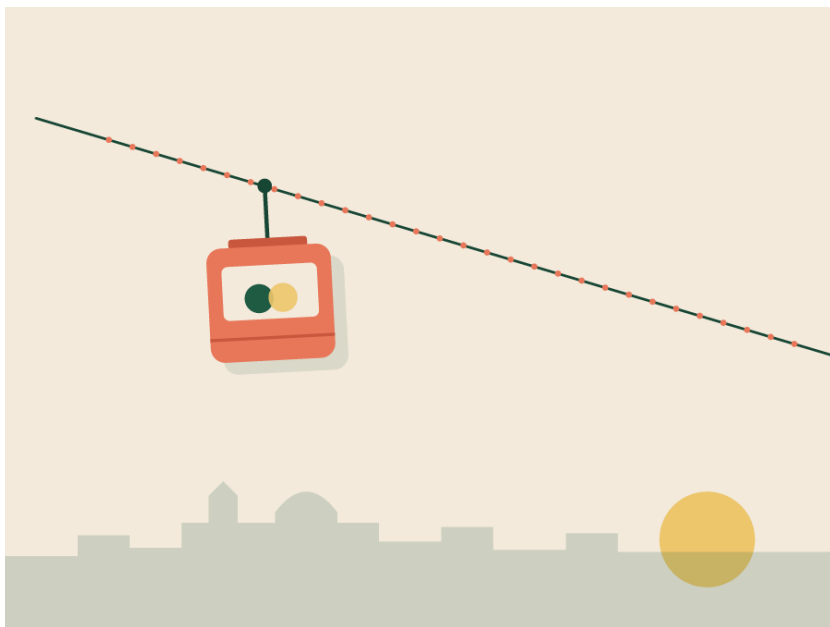
—Yo conocí a tu abuelo en la verbena de San Isidro —me dijo—.

Me pisó bailando un chotis y me tiró la limonada encima. Y aquella no fue la cita buena. La buena fue una de antes, con un chico de Getafe muy pesado que me hizo darme cuenta de que no quería a nadie que hablara por mí.

Me cogió la mano por encima del mantel.

—Las citas buenas, hija, a veces no son románticas. Son necesarias.

Esa noche, en la libreta, debajo de la cita 13, no escribí nada nuevo. Pero en la página del final, la del taller, debajo de «Enero. No sé», añadí con letra pequeña: «Preguntar primero».



Treinta días colgados de un mismo cable.

CAPÍTULO 8

El teleférico

La cita número 14 se llamaba Rubén y era enfermero de noche, así que quedamos para un café a media tarde, que para él era casi el desayuno. Elegí una cafetería pequeña junto al parque del Casino de la Reina, con mesas de mármol y una camarera que llamaba «reina» a todo el mundo, incluido un señor con boina que no parecía muy convencido.

Rubén era simpático, de esos que se ríen antes de terminar el chiste. Me estaba contando que en su planta tenían una máquina de café que solo funcionaba si le dabas un golpecito en el lateral, cuando se quedó callado, mirando por la ventana. Luego se levantó.

—Ahora vuelvo —dijo. Y se fue.

Sin abrigo. Bueno, con abrigo, que eso fue lo peor, porque se lo llevó.

Esperé cinco minutos. Removí el café, que ya no necesitaba más azúcar. A los diez, la camarera me miró con esa compasión que tienen las camareras para las mujeres solas con dos tazas. A los quince, abrí la libreta verde y escribí con letra muy firme: «Cita 14. Rubén. Desaparecido en combate». Me sentía fatal. No por él, que al fin y al cabo no lo conocía, sino por mí, por la cara que se te queda cuando alguien prefiere la calle a seguir sentado contigo. Pensé en pedir la cuenta, pensé en llamar a Marta, pensé incluso, y esto da la medida de lo mal que estaba, en pedir una manzanilla allí mismo, aunque Gabriel estuviera a diez calles.

A los veinte minutos se abrió la puerta y entró Rubén, despeinado, con la chaqueta abultada y una cara de susto preciosa.

—Perdona, perdona —dijo—. Lo he visto desde aquí. Estaba debajo de un banco del parque y no había nadie alrededor. He preguntado a todo el mundo.

Se abrió la chaqueta. Asomaron dos orejas enormes, un hocico marrón y unos ojos que parecían pedir disculpas por existir. Un cachorro, todo patas y temblor, con una mancha blanca en el pecho.

La camarera dejó lo que estaba haciendo. El señor de la boina se acercó. En dos minutos teníamos un cuenco de agua, una servilleta de tela a modo de manta y media cafetería opinando sobre si era mezcla de podenco o de algo más misterioso. Yo taché lo de «desaparecido» con tanta fuerza que casi rompo el papel.

Buscamos una protectora cercana en el móvil y fuimos andando, con el cachorro dormido dentro de la chaqueta de Rubén y yo llevándole el abrigo, que ya era tradición. La voluntaria que nos atendió le miró el chip, que no tenía, nos explicó con mucha calma cómo iban a cuidarlo y nos preguntó si queríamos ponerle nombre.

Rubén me miró. Yo no lo dudé.

—Manzanilla.

—¿Por algo en especial?

—Porque te rescata cuando más lo necesitas —dije, y Rubén se rio sin entender nada.

En la libreta, debajo del tachón, escribí: «Me fui por un perro que no era nuestro. Manzanilla, unos tres meses, orejas de murciélago». Y en el margen, en sepiá: «A veces quien se va no se está yendo de ti».

La cita número 15 se llamaba Hugo, y si cierro los ojos todavía me pongo roja.

Era biólogo marino, trabajaba en el Museo de Ciencias Naturales y en su perfil ponía: «Sé cosas inútiles sobre los pulpos». Le escribí para preguntarle cuáles, y me contestó que tenían tres corazones y que, aun así, él tenía el doble de facilidad para que se lo rompieran. Me reí sola en el taller. Quedamos en el paseo del Pintor Rosales, junto a la estación del teleférico.

Llegó con un gorro de lana en pleno septiembre y una bolsa de pipas. Tenía las pestañas larguísimas y una forma de reírse que le arrugaba toda la cara, como si le diera igual que le salieran arrugas con tal de reírse bien.

—¿Has subido alguna vez? —me preguntó, señalando las cabinas rojas.

—Nunca. Es para turistas.

—Entonces hoy somos turistas.

La cabina era pequeña y se mecía un poco. Debajo, el parque del Oeste se iba quedando atrás, y luego el río, y luego los tejados de Madrid, con el Palacio Real y la catedral recortados contra un cielo limpio de los que solo hay después de la lluvia. Hugo me iba contando cosas absurdas: que los caballitos de mar los gestan los machos, que algunas medusas no envejecen, que los corales también se tiñen de blanco cuando sufren, como la gente que lo pasa mal. Lo

decía con tanta ternura que yo dejé de mirar la ciudad y empecé a mirarle a él.

—¿Y tú? —me dijo—. Dime algo inútil sobre los libros.

—Que el lomo es la única parte que se ve cuando están en la estantería —contesté—. Y que casi nadie se fija en él.

Se quedó callado. Me miró con una seriedad que no le había visto en toda la tarde.

—Yo me fijaría.

Y me besó. Despacio, como quien pregunta. Con todo Madrid a nuestros pies y la cabina meciéndose y una pipa todavía en mi mano, que no supe dónde dejar. Fue un beso tranquilo y largo, de esos que no tienen prisa por terminar, y cuando nos separamos los dos nos reímos a la vez, sin saber muy bien por qué.

Fue al bajar, ya en la Casa de Campo, sentados en un banco con el sol cayendo, cuando Hugo dejó de reír.

—Te lo tenía que haber dicho antes —dijo—. Me han dado una beca en Australia. Para estudiar los arrecifes. Me voy dentro de un mes.

Un mes. Treinta días. Hice la cuenta sin querer, como hago siempre.

—¿Y cuánto tiempo?

—Dos años. Quizá más.

No dije nada. Él tampoco. Volvimos en la cabina en silencio, con las manos juntas, viendo cómo la ciudad se encendía farola a farola.

Me sonrojé durante una semana entera. En el taller, cosiendo, me acordaba del gorro de lana y se me encendían las orejas. En la churrería, Marta me miró y dijo «uy» antes de que yo abriera la boca. En La Tranquila, Gabriel me puso un vermú delante, me observó un segundo más de la cuenta y no preguntó nada, lo cual fue peor que si

hubiera preguntado.

—Lánzate —dijo Marta—. Un mes bonito es mejor que ningún mes.

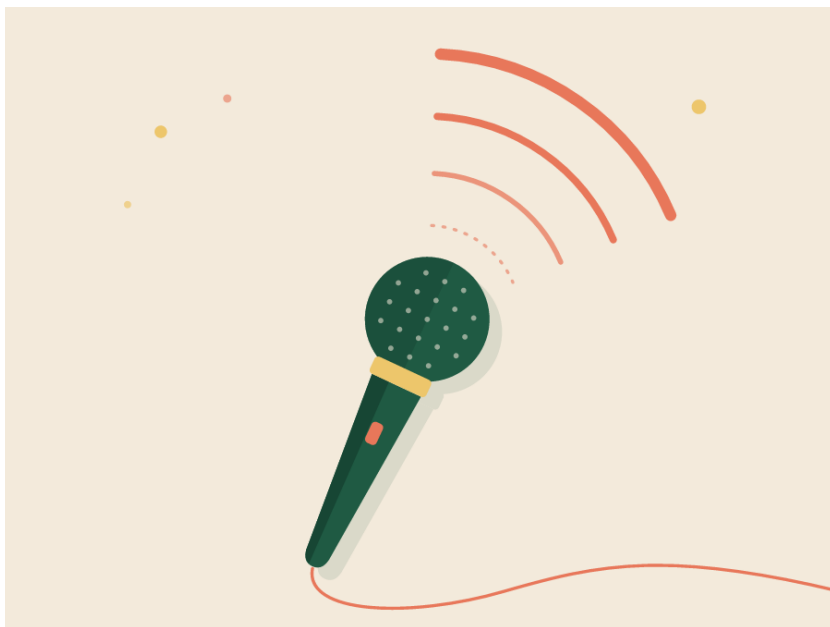
—O no —dijo Inés, con su hijo dormido en brazos—. Hay cosas que luego cuesta mucho olvidar.

Las dos tenían razón, que es lo más molesto que pueden hacer tus amigas.

Esa noche abrí la libreta. «Cita 15. Hugo. Biólogo. Pulpos, medusas, caballitos de mar. Teleférico. Un beso». Me quedé con la pluma suspendida sobre el margen mucho rato, y la tinta sepia formó una gotita en la punta.

Al final escribí, muy pequeño: «¿Cuánto cabe en un mes?».

Y dejé el resto en blanco, que era lo único sincero que podía poner.



La voz no se pierde. Solo se calla.

CAPÍTULO 9

Cita doble y karaoke

Decidí lanzarme. No de cabeza, como hace Marta, sino como se entra en el mar en junio: despacio, tiritando y diciéndome a cada paso que el agua no está tan fría. Me prometí una regla sencilla. Disfrutar del tiempo con Hugo sin contarle hacia atrás.

No siempre la cumplí. Pero lo intenté. Fuimos al museo un martes por la tarde, cuando estaba casi vacío, y me presentó a un calamar gigante metido en formol como quien te presenta a un amigo de la infancia. Comimos bocadillos en el Retiro. Me enseñó a distinguir el canto de un mirlo del de un gorrión, y yo le enseñé a coser un cuadernillo a la japonesa en la mesa del taller. No hablamos de Australia. Australia estaba ahí, sentada en una esquina, como un

invitado educado que espera su turno.

—Estás muy rara —me dijo Marta un jueves por teléfono—. Rara bien. Y ahora necesito que me devuelvas el favor de toda una vida.

El favor era una cita doble. Marta había quedado con un tal Andrés, que venía con un amigo porque, según él, «las primeras citas se le daban mejor en equipo». Marta no pensaba ir sola a enfrentarse a un equipo.

—¿Y eso cuenta para mi reto?

—Cuenta si te lo pasas mal. Así que seguro que cuenta.

Quedamos en una arrocería de Chamberí. Andrés y su amigo Quique llegaron con el pelo húmedo y una energía que no correspondía a las nueve de la noche de un viernes. Venían de jugar al pádel. Luego nos enteramos de que al día siguiente madrugaban para correr una carrera popular, y al otro, para una ruta en bicicleta por la sierra.

—¿Y vosotras qué deporte hacéis? —preguntó Quique.

Marta y yo nos miramos.

—Yo flamenco, los miércoles —dije—. Mal.

—Yo subo andando al cuarto cuando se estropea el ascensor —dijo Marta—. Y me quejo mucho.

Lo intentamos, eso hay que reconocérselo a los cuatro. Probamos con la música: a ellos les gustaba un tipo de música electrónica que yo no sabía que existía. Probamos con las series: ellos no veían ninguna porque se acostaban a las diez. Probamos con los viajes: ellos viajaban para escalar volcanes y nosotras para comer. A la hora y cuarto, el silencio en la mesa se podía cortar con la paleta del arroz.

Fue entonces cuando vi a Andrés teclear algo en el móvil por debajo del mantel. Y a Quique hacer lo mismo. Y noté que mi propio teléfono vibraba en el bolso con un mensaje de Marta, que estaba sentada a mi lado: «Finge que te ha llamado tu abuela».

Levanté la vista. Los tres estaban mirando sus pantallas, con la misma cara de culpa. Andrés fue el primero en reírse.

—¿Estáis escribiendo para escaparos?

—¿Vosotros también?

—Desde los entrantes —confesó Quique.

Y ahí, por fin, encontramos algo en común. Nos reímos tanto que el camarero vino a preguntar si pasaba algo con el arroz. Pedimos la cuenta, la pagamos a partes iguales y, ya sin la presión de gustarnos, salimos a la calle convertidos en otra cosa. Acabamos en La Tranquila, por supuesto. Quique resultó ser un imitador estupendo de presentadores del tiempo. Andrés le pidió a Gabriel la receta de la tortilla y Gabriel le dijo que se la llevaría a la tumba. A la una de la madrugada, los chicos se fueron a dormir cinco horas antes de su carrera, y Marta y yo nos quedamos en la barra con la sensación de haber hecho dos amigos nuevos sin querer.

—Les vamos a animar el domingo en la meta —dijo Marta.

—Con churros —dije yo.

En la libreta escribí: «Cita 16. Doble, con Marta. Andrés y Quique. Pádel, carreras, bicicleta. Lo único en común: las ganas de huir. Ahora somos cuatro». Y en el margen, en sepia: «Reconocer que no encajas también une».

La cita número 17 se llamaba Simón y, a los diez minutos de café, yo ya había hablado por los dos. Era delineante, tenía cara de buena persona y contestaba a todo con una sola palabra. «Sí.» «Bien.» «Getafe.» No era desagradable. Era como intentar abrir un frasco de mermelada con las manos mojadas.

—Perdona —dijo al fin, mirando el azúcar—. Me cuesta. Hablando. Cantando no.

—¿Cantando?

Asintió. Y se le iluminó la cara por primera vez.

Así que esa noche acabamos en un karaoke de la calle Montera, un sótano con luces de colores, sofás de escay rojo y un señor detrás de la barra que llevaba treinta años oyendo las mismas canciones y aún sonreía. Simón cogió el micrófono, carraspeó, y se convirtió en otra persona. Cantó un bolero con una voz grave y segura que no le había oído en todo el café, mirando al techo, con la mano en el pecho. Una mesa de enfermeras que celebraba una jubilación se puso en pie para aplaudirle.

Después cantó otra. Y entre canción y canción, sin darse cuenta, empezó a hablar. Me contó que en su casa nunca se hablaba de nada, pero que su padre cantaba coplas mientras afeitaba y que así se enteraba él de cómo estaba. Que el karaoke era el único sitio donde no tenía miedo de equivocarse.

—Ahora tú —me dijo, tendiéndome el micrófono.

—Ni hablar. Yo no canto desde el instituto.

—¿Por qué?

No lo sabía. La última vez había sido en la fiesta de fin de curso, con Inés y Marta, las tres con chaquetas de nuestras madres y una canción de Mecano que ensayamos durante un mes. Después, un día, sin decidirlo, dejé de hacerlo. Como se dejan tantas cosas.

Elegí esa misma canción. Las primeras notas me salieron temblando, tan bajitas que el señor de la barra subió el volumen por compasión. Pero Simón empezó a hacer los coros desde el sofá y las enfermeras se sumaron, y en el estribillo se me olvidó que tenía treinta y cuatro años, un taller con fecha de caducidad y un biólogo con billete a Australia. Canté a pleno pulmón. Desafinando, con los ojos cerrados y el micrófono agarrado con las dos manos. Cuando terminé, me ardía la cara y me reía como no me reía desde hacía años.

—Lo ves —dijo Simón—. Cantando no da miedo.

Nos despedimos en la boca del metro con un abrazo y una

promesa de repetir, en grupo, con Carmela, que seguro que sabe coplas.

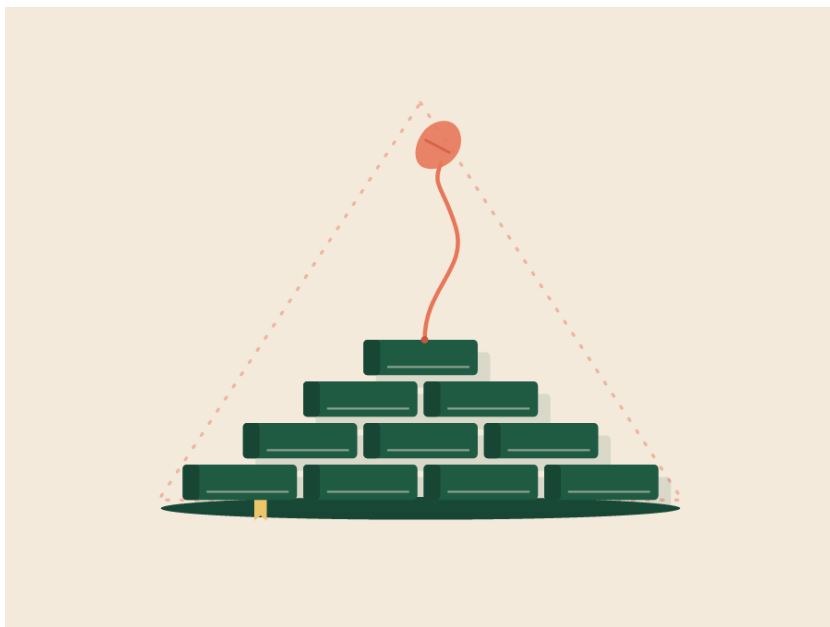
Volví andando a Lavapiés, tarareando todavía, con la voz ronca y el abrigo abierto. Al doblar la esquina vi que La Tranquila seguía con la luz encendida. Y en la puerta, bajo el farol, estaba Gabriel abrazado a una mujer.

Era morena, llevaba una maleta de ruedas a sus pies, y él la abrazaba con los ojos cerrados, muy fuerte, como se abraza a alguien a quien llevas tiempo sin ver. Ella le dijo algo al oído. Él se rio.

Me paré en seco. Algo me dio un pinchazo debajo de las costillas, pequeño y exacto, como una aguja de encuadernar que se clava sin avisar. Di media vuelta antes de que me vieran y entré en mi portal por la otra calle, dando un rodeo absurdo.

En casa abrí la libreta: «Cita 17. Simón. Karaoke en Montera. He vuelto a cantar». Y en el margen, en sepia: «La voz no se pierde. Solo se calla».

Debajo me quedé un buen rato con la pluma quieta. No escribí nada. Hay cosas a las que, si les pones nombre, ya no puedes hacer como que no existen.



Un árbol de oportunidades, pero de papel.

CAPÍTULO 10

La oportunidad de negocio

Hugo se marchó un martes de octubre, en un vuelo que salía a las seis y diez de la mañana, que es una hora a la que no debería despedirse nadie. Le dije que no hacía falta que fuera, que con un mensaje bastaba. Me contestó que con un mensaje no se le puede devolver a nadie un gorro de lana. Así que a las cuatro y media estaba yo en la T4, con su gorro en el bolso y unas ojeras que me llegaban a los zapatos.

Barajas a esas horas es un sitio extraño. Hay gente durmiendo en los bancos abrazada a las mochilas, un señor fregando el suelo con una calma infinita y familias enteras que lloran y se ríen a la vez delante de los arcos de seguridad. Hugo llegó con una maleta enorme

y otra pequeña llena de libros sobre corales, y me sonrió de esa forma que le arrugaba la cara entera.

—Pensé que no vendrías —dijo.

—Te traigo tu gorro. En Australia ahora entra el verano. No lo vas a necesitar.

—Por eso. Quédatelo.

Nos tomamos un café de máquina que sabía a cartón mojado y nos lo bebimos como si fuera el mejor del mundo. Hablamos de tonterías: de si los canguros boxean de verdad, de cuántas horas tardaría en llegar, de que tenía que mandarme una foto del primer pulpo que viera. Yo iba contando los minutos sin querer, como cuento siempre, y cada vez que miraba el panel de salidas se me encogía algo por dentro.

Cuando anunciaron su puerta, Hugo dejó el vaso en la papelería y me cogió las manos.

—Alexandra, te tengo que pedir una cosa. —Respiró hondo—. No me esperes.

Me quedé muy quieta.

—No te lo digo porque no me importe —siguió—. Te lo digo porque me importa. Dos años es mucho. Y tú estás en mitad de algo tuyo, se te nota. No quiero ser una silla vacía en tu mesa mientras tanto.

Me dolió. Mentiría si dijera que no. Me dolió como duele quitarse una tirita, rápido y limpio. Pero debajo del dolor había otra cosa, algo parecido al alivio, y tardé un momento en entender que era gratitud. Nadie me había hecho nunca un regalo tan honesto.

—Gracias —le dije, y lo decía en serio.

Me besó una última vez, despacio, junto a un cartel que anunciaba perfumes libres de impuestos. Luego pasó el control, se giró dos veces para decirme adiós con la mano y desapareció entre la gente.

Me quedé allí un rato, con el gorro de lana en las manos, mientras amanecía detrás de los ventanales.

En el metro de vuelta escribí en la libreta: «Hugo. Barajas. Seis y diez. Me ha pedido que no le espere». Y en el margen, en sepia: «Hay despedidas que también son regalos».

La cita número 18 se llamaba Fran y me escribió con tantos emoticonos de sol que debí sospechar algo. Su perfil decía: «Emprendedor. Me encanta ayudar a la gente a cumplir sus sueños». Quedamos en La Tranquila un viernes por la tarde. Llegó con un traje azul eléctrico, una sonrisa de anuncio y una bolsa de papel brillante que dejó sobre la mesa con mucho cuidado.

Gabriel nos trajo dos cañas. Me miró un segundo, como si quisiera decirme algo, y luego volvió a la barra sin decirlo. Desde la noche del abrazo, yo le contestaba con frases cortas y él lo notaba. No hablamos de ello. Ninguno de los dos.

Fran tardó exactamente seis minutos en sacar el catálogo.

—Alexandra, ¿alguna vez te has planteado ser tu propia jefa?

—Lo soy desde hace doce años.

Ni se inmutó. Me habló de unas cremas de caléndula y baba de caracol con nombre de amanecer, que según él borraban las arrugas, las preocupaciones y, si te descuidabas, también las deudas. Me explicó que bastaba con comprar un paquete de inicio, reclutar a cinco amigas, que cada una reclutara a otras cinco, y en un año estaría de vacaciones en Cancún. Me enseñó un gráfico con forma de pirámide que llamaba «árbol de oportunidades».

Podría haber pedido una manzanilla. Lo pensé. Pero miré la bolsa de papel brillante, el logo dorado, los catálogos impresos en papel barato que ya se doblaban por las esquinas, y algo se me encendió por dentro. Algo que no tenía nada que ver con el amor y muchísimo que ver con el alquiler.

—Fran, ¿cuántos vendedores tenéis en Madrid?

—Unos doscientos. ¿Por qué?

—¿Y en qué apuntan los pedidos?

Se quedó parado. Me dijo que en el móvil, en libretas de bazar, en servilletas. Que perdían clientes por desorden. Que en noviembre había una convención y no sabían qué regalar a los mejores vendedores.

Saqué la libreta verde y se la puse delante. Le dejé tocar el lomo, pasar las hojas, oler el papel. Le hablé de tapas con el logo estampado en seco, de una sección para clientes y otra para pedidos, de cintas de colores para marcar las páginas.

—Algo que dé ganas de abrir cada mañana —le dije—. Que tus vendedores lo enseñen orgullosos.

A los veinte minutos el que tomaba notas era él. A los cuarenta me había encargado sesenta cuadernos para la convención y me pidió presupuesto para doscientos más. Al despedirse, me regaló un bote de crema «por las molestias» y me preguntó, ya en la puerta, si no quería pensarme lo del paquete de inicio.

—Yo ya tengo mi árbol de oportunidades —le dije—. Es de papel.

Gabriel recogió las cañas y vio el presupuesto garabateado en la servilleta.

—¿Eso es lo que creo que es?

—Es una cita —le dije—. Y un encargo.

Se le escapó una sonrisa que no le había visto en dos semanas. Casi le cuento lo del taller. Casi.

En la libreta escribí: «Cita 18. Fran. Cremas de caracol. Quería venderme una pirámide y le he vendido sesenta cuadernos». Y en el margen, en sepia: «Todo el mundo vende algo. Mejor saber qué vendo yo».

El domingo Inés no vino a los churros. Me mandó un mensaje a mediodía: «¿Puedo ir al taller? Solo una hora. Necesito silencio». Llegó con el pequeño dormido en el carrito y la mayor con un cuento debajo del brazo, y se dejó caer en mi taburete como si se le hubieran acabado las pilas.

Senté a la niña en la mesa grande con papeles de colores y una barra de pegamento. Inés miró a su alrededor, las prensas, los rollos de tela, el silencio.

—Te envidio tanto —dijo de pronto, en voz muy baja—. Cenas cuando quieres. Duermes ocho horas. Te vas a un karaoke un martes. Nadie te necesita a las tres de la mañana para que le busques un dinosaurio debajo de la cama.

Me reí. No pude evitarlo. Ella me miró ofendida.

—Inés, yo cené ayer cereales de pie en la cocina. Y te envidio a ti. Que tu casa haga ruido. Que alguien te espere. Que cuando llegas, alguien grite tu nombre como si fueras lo mejor del día.

Nos quedamos calladas. La niña pegaba un trozo de papel rojo en el lomo de un cuaderno viejo.

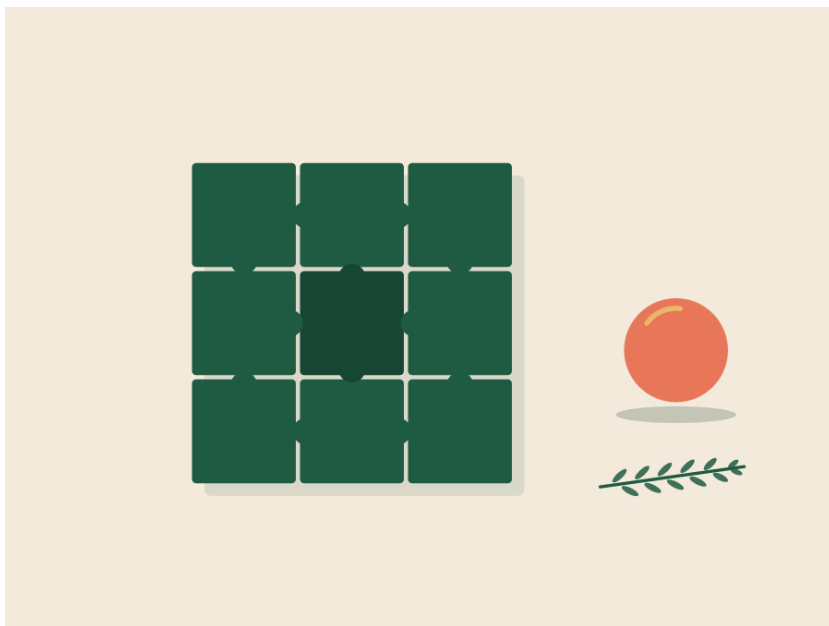
—Entonces cada una se ha inventado la vida de la otra —dijo Inés.

—Y las dos versiones eran mejores que las de verdad.

Se le saltaron las lágrimas y se rio a la vez. La abracé con cuidado de no despertar al pequeño. Luego le conté lo del alquiler, lo de enero, lo de Fran. Era la primera vez que se lo contaba a alguien en voz alta.

—Ay, cariño —me dijo—. ¿Y por qué no lo habías dicho?

No supe qué contestarle. En la última página de la libreta, debajo de «Preguntar primero», escribí: «Y contarle».



Todo encaja, y yo no estoy dentro.

CAPÍTULO 11

El hombre perfecto que no era

Daniel llegó a la cita número 19 con cinco minutos de antelación, un libro debajo del brazo y una flor que no era una rosa. Era una ramita de romero.

—Me pareció que las rosas eran demasiado —dijo—. Y el romero huele bien en las manos.

Quedamos en el Prado un jueves por la tarde, en la hora gratuita, cuando la cola da la vuelta al edificio y la gente espera con una paciencia casi religiosa. Daniel era profesor de Literatura en un instituto de Alcalá, leía en tres idiomas y sabía escuchar, que a estas alturas del reto me parecía un superpoder. Delante de **Las Meninas** no me soltó ninguna lección. Me preguntó qué miraba yo primero. Le

dije que el perro. Me dijo que él también.

La segunda vez cenamos en un restaurante pequeño de Huertas. Pidió la tortilla con cebolla sin que yo le dijera nada. Me preguntó por el taller y recordaba el nombre de mi abuela. Le gustaban las siestas cortas, el cine en versión original y las sobremesas largas. Era puntual, amable con los camareros y se reía de mis chistes en el momento exacto, ni antes ni después.

Esa noche, en casa, me descubrí haciendo algo que me dio un poco de vergüenza: rellené mentalmente las cuarenta y dos variables de Tomás. Con la fórmula bien hecha, sin pesos inflados ni casillas repetidas. Me salió un ochenta y nueve por ciento.

Un sobresaliente. Y yo, tumbada en el sofá, mirando el techo, sin sentir nada.

La tercera vez fuimos a un concierto de guitarra en una iglesia de Chamberí. Él me tapó con su bufanda cuando empezó a refrescar, igual que Leo con la chaqueta, solo que Daniel no sacó ninguna tableta después. Era sincero de verdad. Ahí estaba lo difícil. Le miré de perfil mientras sonaba una pieza lentísima y esperé que me pasara algo: las orejas rojas, el cosquilleo, aunque fuera un temblor pequeño en las manos. Nada. Era como mirar un libro precioso, bien cosido, con el papel perfecto, en un idioma que no sé leer.

A la salida, en las escaleras, se lo dije antes de que me diera tiempo a ensayarlo.

—Daniel, eres maravilloso. Y no siento nada.

Se me quedó mirando. Yo también me quedé mirándome a mí misma, desde algún sitio por encima de mi hombro, asombrada. Hace cinco meses habría aceptado una cuarta cita, y una quinta, por educación, por miedo, por si acaso con el tiempo.

—No es por nada que hayas hecho —seguí—. Es que todo encaja y yo no estoy dentro.

Él tardó un poco. Luego sonrió, algo triste pero sin rencor.

—Gracias por no hacerme esperar —dijo—. Es más de lo que suele hacer la gente.

Nos dimos un abrazo en la puerta de la iglesia. Me devolvió la ramita de romero, que se me había quedado en su bolsillo desde el Prado.

En la libreta escribí: «Cita 19. Daniel. Profesor. Sobresaliente en todo. Cero en lo que no se puede medir». Y en el margen, en sepia: «Puedo decir la verdad sin que se rompa nada».

Esa misma semana llegó la segunda carta de la inmobiliaria. Ya no hablaba de precios del barrio. Hablaba de plazos. Si no firmaba la renovación antes del quince de noviembre, el local salía a alquiler. Los sesenta cuadernos de Fran me pagaban dos meses. Los doscientos, si llegaban, me pagaban la primavera. Las cuentas seguían sin salir.

El domingo, en la churrería, Marta me recibió con la libreta en la mano, porque se la había dejado olvidada en su casa el viernes.

—¡Diecinueve! —anunció, como quien canta un bingo—. Te queda una, Alexandra. Una. Y quedan diez días para tu cumpleaños. Esto está hecho.

—No sé si voy a hacer la veinte.

—¿Cómo que no?

—Que no tengo cabeza. Que me quedo sin taller, Marta.

—Por eso mismo. Te despejas, te ríes...

—¡No quiero despejarme! —Me salió más alto de lo que quería. Un señor de la mesa de al lado bajó el periódico—. Llevo cinco meses saliendo con desconocidos para tener algo que contar en la próxima boda, y mientras tanto lo único que de verdad es mío se me cae a trozos.

Marta se puso pálida.

—El reto era para que perdieras el miedo, no para que me lo echaras en cara.

—Pues a lo mejor el miedo no era a las citas.

Inés nos miraba a una y a otra con un churro a medio camino. Marta dejó un billete en la mesa, se puso las gafas de sol aunque estaba nublado y se fue. No me dijo adiós. En veinte años, nunca se había ido sin decirme adiós.

Esa tarde no abrí el taller. Me senté en el suelo, con la espalda contra la prensa, y me sentí cansadísima. No de las citas, sino de haber estado mirando hacia fuera tanto tiempo, buscando en la cara de diecinueve personas una respuesta que no estaba en ninguna, porque la pregunta era mía.

Cuando bajé a La Tranquila ya era de noche. Me senté en la barra y no pedí nada. Gabriel me miró, puso agua a calentar y, al rato, me dejó delante una taza humeante.

—No he pedido manzanilla —le dije.

—Ya. Pero tienes cara de necesitar que te rescaten.

Me la bebí despacio. Él secaba vasos sin mirarme demasiado, que es su manera de quedarse cerca. Cuando el último cliente se fue, apoyó el trapo en la barra.

—La noche del karaoke —dijo— te vi dar media vuelta en la esquina.

Noté el calor subiéndome desde el cuello, implacable.

—No era nada. No es asunto mío.

—Era mi hermana. Elena. Llevaba tres años en Lisboa y esa noche se mudó a Madrid, con una maleta y sin piso. Está durmiendo en mi sofá. Ronca. —Hizo una pausa—. Quería que lo supieras.

—¿Por qué?

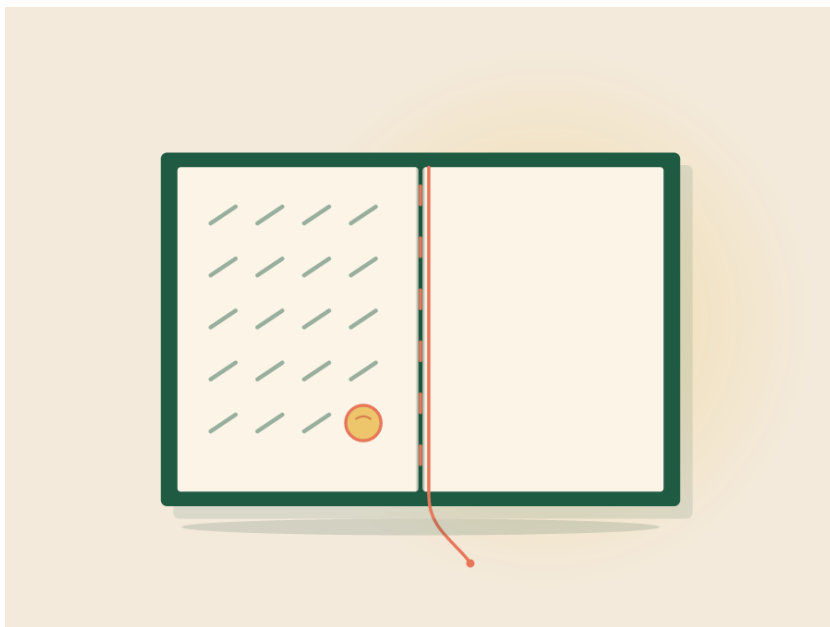
Se quedó callado. Yo también. Entre los dos, encima de la barra, había algo que ninguno sabía cómo empezar, como el primer punto de una costura cuando no estás segura de dónde va el nudo. Él cogió otro vaso, aunque ya estaba seco. Yo miré la taza vacía.

—Mañana te cuento lo del taller —le dije al fin.

—Mañana —repitió él.

En casa abrí la libreta. Debajo de «Y contarlo», en la última página, escribí: «Elena. Hermana. Ronca».

Y luego, más pequeño: «Mañana».



Diecinueve tachones, una tortilla y una página para lo que venga.

CAPÍTULO 12

La cita número veinte

Marta apareció en el taller a las nueve de la mañana siguiente, con dos cafés y sin gafas de sol. Me tendió uno en la puerta antes de que yo pudiera abrir la boca.

—Tenías razón —dijo—. El miedo no era a las citas. Y yo no te pregunté por lo demás porque me divertía demasiado la libreta.

—Y yo no te lo conté porque me daba vergüenza que se cayera lo único que había montado sola.

—No lo has montado sola —dijo, quitándose el abrigo—. Lo has montado con nosotras mirando. Que es casi lo mismo.

A mediodía llegó Inés con los niños, y por la tarde, porque Marta

tiene la costumbre de convocar a la gente sin preguntar, Carmela con una bandeja de rosquillas. Extendimos en la mesa grande las cartas de la inmobiliaria, el presupuesto de Fran y la libreta verde, y nos pusimos a pensar como se piensa en las mejores cocinas: todas a la vez y sin turnos.

Fue Carmela quien lo vio primero.

—Mis compañeras del flamenco me preguntan cada semana qué haces tú con las manos —dijo—. Si les enseñaras, pagarían. Y traerían a sus nietas.

Y entonces todo cayó en su sitio, como los pliegos cuando por fin coinciden. Talleres para grupos. Despedidas de soltera que quisieran coser su propio libro de firmas, jubiladas los martes, niños los sábados. Llamé a Fran esa misma tarde y me dijo que su empresa pagaba actividades de equipo, que aquello era «una oportunidad de crecimiento» y que se apuntaban los primeros. Inés hizo cuentas en el reverso de un sobre. Esta vez salían. Justas, pero salían.

—Hay que quitar la estantería del fondo para que quepan ocho —dijo Marta.

—Diez, si apretamos —dijo Carmela.

Esa noche bajé a La Tranquila y le conté a Gabriel lo del taller, entero, desde la carta con ventanilla hasta las rosquillas. Me escuchó con el trapo quieto. Al final me dijo que el bar tenía un almacén pequeño y que podía guardarme las prensas mientras pintábamos. Lo otro, lo que se había quedado encima de la barra, no lo tocamos. Pero seguía ahí.

La víspera de mi cumpleaños, a las seis de la tarde, el móvil vibró sobre la mesa de corte. Una coincidencia nueva en la aplicación. Perfil sin foto. Nombre: G. Debajo, una sola línea: «Tardé un año en hacer una tortilla decente. Sé esperar».

Me temblaron las manos, que son de acero, ya lo he dicho.

El mensaje llegó un minuto después: «Te falta la cita número veinte. La Tranquila, a las nueve. No hace falta contraseña».

Me cambié de blusa cuatro veces. Volví a la primera.

A las nueve, la persiana estaba a medio bajar y en la puerta colgaba un cartel escrito a mano: «Cerrado por cita». Dentro solo estaban encendidas las luces de la barra y había una mesa puesta, la del rincón, con dos vasos y una tortilla. Gabriel esperaba de pie, sin el trapo en el hombro. Era la primera vez que le veía las manos sin nada que hacer.

—Me la descargué ayer —dijo, enseñándome el móvil como quien presenta una prueba—. Elena me ayudó con el perfil. Yo quería poner que la que ronca es ella, pero no me dejó.

—¿Por qué no me lo preguntaste aquí, sin más?

—Porque llevo cinco meses viéndote volver de diecinueve citas. — Se encogió de hombros—. Y quería ser el que te lo pidiera como es debido.

Nos sentamos. Y hablamos de verdad, sin vermú de consuelo ni llamadas de emergencia. Me contó que la noche del Templo de Debod, mientras yo me reía con la frente apoyada en la barra, se le rompió un vaso en el fregadero y yo ni me enteré. Que guardaba la caja de manzanilla, ya casi vacía, en un estante aparte, y no sabía muy bien por qué. Yo le conté lo del pinchazo debajo de las costillas, lo del rodeo absurdo por la otra calle y lo de la página que taché y no arranqué. Se rio. No de mí. Conmigo.

—Tengo miedo de estropearlo —le dije—. Este bar es mi sitio. Si sale mal, me quedo sin bar y sin taller el mismo invierno.

—Entonces, despacio —dijo—. Como la tortilla. Sin subir el fuego.

Pasadas las once y media me acompañó a la puerta. Hacía frío y la calle estaba vacía, salvo por un gato del barrio que iba camino de mi

escaparse. Me besó bajo el farol, el mismo de la noche del abrazo, sin ninguna prisa, como si tuviéramos todo el tiempo que hiciera falta. Y por primera vez en cinco meses no me puse roja. Me quedé tranquila.

—Feliz cumpleaños —dijo cuando el móvil marcó las doce.

En la libreta escribí: «Cita 20. Gabriel. La Tranquila. Sin contraseña». Y en el margen, en sepia: «Primero tuve que saber qué quería yo. Después fue fácil verlo».

Lo celebramos el domingo en el taller, con la estantería del fondo ya desmontada y la pared a medio pintar de verde botella. Vinieron Inés con los niños, Marta con una tarta, Carmela con dos compañeras de flamenco que ya querían apuntarse, Lucía y mi abuela Pilar con un tiesto de geranios. Gabriel trajo tortilla. Nadie preguntó nada, aunque mi abuela me leyó la cara antes de que me quitara el abrigo y sonrió.

Llevaba tres noches cosiendo a escondidas. Tres libretas pequeñas, forradas con la misma tela verde, con las veinte citas copiadas a mano: el ingeniero y su madre, la tostadora Panchita, las cuarenta presas verdes, Cierzo, Manzanilla, el teleférico, la ramita de romero. Y en el margen de cada una, en sepia, lo que me había llevado. Le di una a Inés, otra a Marta y otra a Carmela.

Marta fue la primera en llegar al final. Levantó la vista.

—Te has dejado una hoja en blanco.

—No me la he dejado —le dije—. Es para lo que venga.

Lucía me pasó un brazo por los hombros y, con la boca llena de tarta, me preguntó muy seria:

—¿Y tú para cuándo?

—Para cuando yo quiera —contesté.

Y por primera vez era una respuesta de verdad.

Veinte citas, una libreta cosida a mano y una contraseña: manzanilla.

Alexandra Ortiz tiene treinta y cuatro años, un taller de encuadernación diminuto en Lavapiés y catorce «¿y tú para cuándo?» apuntados en una servilleta tras la boda de su hermana. Al día siguiente, entre churros, sus amigas le lanzan un reto: veinte primeras citas por aplicación antes de cumplir los treinta y cinco. Ella las anota en una libreta cosida a mano y las termina siempre en La Tranquila, donde Gabriel la rescata si pide una manzanilla. Entre un ingeniero que consulta a su madre por altavoz, un risotto que evacúa un edificio y un beso en el teleférico, Alexandra descubrirá que la pregunta importante era otra: qué quiere ella.

«Las citas buenas, hija, a veces no son románticas. Son necesarias.»

Noa Ferrer y Marlon Falcón
Ilustraciones de Pau Serra

